



LA TROMPETA

SEMANARIO FESTIVO

Número suelto, 10 céntimos

Tortosa 19 Agosto de 1916

Suscripción al mes, 0'40 pesetas

Para LA TROMPETA

Cosas de la vida

A vosotras, queridas lectoras; a vosotras os dedico estas pobres líneas, que escribió mi modesta pluma; a vosotras, porque vosotras me servisteis de modelo para escribir mi cuentecito, el que pongo en vuestras manos para que lo juzguéis y para que os apropiéis de lo que en sí encierra, porque os lo brinda

EL AUTOR.

Un amigo mío, del que os diré solo el nombre, porque el apellido me está vedado decirlo, será el protagonista. Se llama Ramón; es alto, moreno, joven, estudiante de leyes y cursa sus estudios en Valencia, donde vió la luz por vez primera.

Perdonadme si digo que mi amigo es muy mujeriego, es amante del sexo femenino, porque dice que la mujer es la que representa la belleza y toda ella es hermosa y toda ella es sublime; ella es la que nos da vida, porque a ella está encomendada esa ardua misión de ponernos en el mundo. Ella es hermosa y con su hermosura nos alegra las horas que a veces transcurren tristes. Ella es bella, en fin, porque así lo quiso el Creador, el que acumuló en la mujer las bellezas todas que poseía.

Mi amigo Ramón, habla de este modo y no habla su boca, habla su corazón porque él siente lo que dice, porque lo dice de

verdad, porque es artista y como artista distingue lo bello de lo feo y sabe apreciar la mujer como representante de la belleza. Claro que hay excepciones como en todo, por que hay mujeres que no ya son feas sino asquerosas por muchos conceptos y esto lo explica mi amigo, como una debilidad de Dios al darle la hermosura a la mujer.

* * *

Como he dicho ya, Ramón estudia en Valencia que es la tierra de mujeres bonitas, así como Madrid es la de las hembras castizamente españolas y Andalucía la de las de sangre patria, la de las de sangre puramente hispana y las poseedoras de la alegría.

Valencia, pues, es tierra de bellas y en verdad que posee nutrida representación de éstas. (Conste que no lo digo porque yo sea valenciano y por lo tanto alabe a las hijas de mi tierra; nada de eso; lo tienen dicho otros que no son valencianos ni por asomo.)

Pues, bien; mi amigo Ramón una vez terminó sus estudios, en el periodo de vacaciones fué a pasar el verano a un pueblecito cuyo nombre no recuerdo.

Llegó al citado pueblo y como en él no conocía a nadie por ser la primera vez que iba a él, los primeros días paseaba por las callejas vetustas del pueblucho, solo y aburrido como una ostra —que es el colmo del aburrimiento—. Todo el mundo le mi-

raba al pasar, porque como en los pueblos se conocen todos, extrañaban su presencia y tal vez su manera de vestir, en la que se veía más elegancia que en la de los del pueblo.

Aí pasó unos días hasta que no sé cómo hizo amistad con dos polletes pueblerinos, que fueron los que le presentaron poco a poco las muchachas y los muchachos de la localidad.

Nuestro Ramón como era agradable en el trato, se captó pronto las simpatías de ellos y sobre todo de ellas, que se disputaban como ocurre siempre, en sitios así, al forastero.

Ramón contentaba a todas y de todas era amigo. Paseaba con unas ahora, luego con otras y de este modo dividía los honores del día entre las escasas *damiselas* del pueblo.

Hubo muchas que le miraron y pocas a las que él mirase y como es natural *se echó* una novia: la muchacha más guapita de todas, la que dejó al novio que tenía para entrar en relaciones con «el de fuera» —que así le llamaban—.

Si imaginara relataros, caras lectoras, las coqueterías que me contó mi amigo que la tal muchacha hizo con él, no habría suficiente papel para escribirlas.

Risas a toda hora y a deshora las más de las veces. Prohibiciones tontas, de si no te acerques a tal o a cual; si no hables con fulanita, si no mires a zutanita, etc., etc.

Ramón obedecía unas veces y

otras no, según le parecía y según encontrara o no justificado el mandato.

La muchacha era bonita, no puedo negarlo—me decía Ramón.—Era de estatura proporcionada y de un desarrollo en las formas no exagerado pero sí mayor que el correspondiente a sus quince años. Era morena, de ojos grandes, negros, con una negrura brillante y avasalladora. Tal vez sus ojos fueran lo que más me agradó del conjunto de su cuerpo; pues en verdad que aún no siendo los «ojos claros, serenos» del madrigal de Gutierrez de Cetina, sino todo lo contrario; ojos de sevillana, ojos de fuego, podían competir con aquéllos. Sus labios rojos, pequeños, eran dos gundas de sangre, carnosos, lascivos que invitaban a besarlos con ansia, con frenesí. Los dientes que tras ellos se escondían y que en cada sonrisa se dejaban ver, eran de un blanco marfil, puros, limpios, brillantes...

Para qué continuar describiéndote a María,—me decía Ramón—bástame saber lo que te indique, pues lo demás puedes figurártelo. Te añadiré que tan bella era o por lo menos a mis ojos, que, créelo, llegué a quererla de verdad; y es tan raro en mí el amor a una mujer, es tan extraño, que mi corazón, casi virgen de amor se entregue y se confunda con el de una mujer,—y que he de advertirte amigo que María llegó a quererme también de verdad como yo a ella.

Al principio fué tan sólo, por lo de ser yo forastero y atraerle mi presencia tal vez, pero luego se trocó esto en amor y me amó ella y la amé yo.

Tu te ríes Gustavo, porque conoces mi carácter y sabes que yo soy contrario a eso del amor y siempre lo combato, porque concibo que eso que llaman amor, no es sino una cierta inclinación que se siente hacia la mujer o de la mujer hacia el hombre en otro caso que no excede los límites del cariño.

Claro que el amor existe, no hay que dudarlo, pero existe en tan exiguas proporciones, que casi puede afirmarse que no hay amor verdadero, no lo que tan vulgarmente se llama amor y como ya te he dicho, es cariño y solamente cariño.

Yo sentí hacia María más que este cariño sentí amor y ella también llegó a amarme hasta sentir celos de hembra, cuando yo hablaba a otra muchacha y después aquéllas prohibiciones y reprimendas que antes eran producto de una coquetería sin límites, entonces, cuando nos amábamos eran verdaderas, eran las reprensiones de la hembra celosa de su macho, que teme que otra hembra, acaso más bella, se lo robe.

Cuando me marché del pueblo en Septiembre, para reanudar mis estudios, María me despidió con lágrimas. ¿Te olvidarás de mí, Ramón?—me decía con su vocecita dulce.

No—la respondí yo.—Olvidarme de tí? Nunca. Yo te escribiré para que veas que no te olvido.

Pero...

¿Pero qué?—pregunté a mi amigo.

—Pues, que una vez en Valencia la escribí una o dos cartas a las que me contestó; más luego fuí olvidándola, porque me la hizo olvidar «la novia de invierno» que dejé en Valencia al marchar de veraneo.

—De modo que tú tenías novia cuando pediste relaciones a María? ¿Hombre, como hicistes eso?

—Que quieres... Debilidades que tiene uno. Y como la de Valencia no lo sabía pues...

—Sí, sí; que después de todo no hiciste más de lo que hacen casi todos los que van a veranear a los pueblecitos, que se ganan el título de «novios de verano».

—¿Y que le vamos a hacer? Son cosas de la vida.

A ZOTES.

Castellón Agosto 1916.



¡REALIDAD!

No, no puedo querellarme ni formular protesta alguna porque nada tengo yo que ver con ello. No me incumbe el pedir explicaciones. No quiero levantar castillos al aire para que luego por su propio peso se derrumben.

Ellos lo han hecho, ellos sabrán por qué y para qué fines. ¿Querían acaso mortificarme? No; de ninguna manera.

Bástame saber que él, el hombre cuyo, recibió el beso en plena calle; era un miembro de la familia y no de temprana edad. Y aunque la caricia fué lucha ante mis ojos, llenos de luz desmesuradamente abiertos por la impresión, estoy completamente convencido que no fué un beso de amor apasionado impregnado de incógnitas voluptuosidades, sino una flor humilde, sencilla, sacada sin duda del jardín de las puerilidades.

Por su humana conducta se hacía el sujeto acreedor de ello. Suplía con orgullo a una niña lindísima las caricias que de su difunto padre le faltaban. Eran en realidad los desvelos del hermano honrado y sentimental que cuidaba con paternal amor de la dicha de su amable y dulce sobrina; era en fin una obra más de caridad moral que un corazón magnánimo hacía en holocausto de un ser falto de protección.

Por eso ella abiertamente haciendo puntillas con los pies para llegarle a la mejilla. Y él, satisfecho e impasible, se dejó besar.

**

Mis ojos han contemplado algo. Aunque desde aquel momento me esfuerce, en vano puedo aparentar tranquilidad. Siento envidia, celos, rencor; ¿por qué no decirlo? Siento terrible envidia; un general malestar, una fiebre inexplicable me consume. Si fuera ave de rapiña o una fiera, te robara de un zarpazo; si tuviera el poder de Júpiter ¡pobre de tí y pobre de tu buen

LA TROMPETA

tíol De un rayo os aniquilara.

Siento la nostalgia de la felicidad agena; la ambición de mi espíritu siempre dominador, la veo por primera vez en mi vida despreciada íntimamente, menospreciada, herida amargamente, débil, impotente.

¡Qué fácil sería remediarlo, si el mundo aceptara en todos los órdenes la realidad de los hechos!...

Si un día Prometeo arrebató sagaz el fuego sagrado de los dioses, yo también te arrebatara a tí en menos que canta un gallo. ¡Maldición! ¡alma mía!...

**

Basta ya de tonterías, volvamos a la realidad. Sería a mi juicio una imperdonable villanía seguir por ese camino saturado de espinas. Es peligroso, muy peligroso, no caben dudas.

Mi imaginación un tanto conturbada ha saltado veloz del campo habitual de las cosas claras al de las oscuridades y también de la fantasía. Si alguien por ventura llegara a leer estas letras que he de quemar después de escritas, diría que un espíritu semi-loco les dió forma y calor.

¿Y todo para qué?

Por un beso inofensivo que mis ojos cogieron al vuelo... por un beso... un gesto de mujer... una caricia muy suave, muy discreta, muy afectuosa...

No, no fué beso de amor; fué la ofrenda de una flor sencilla, un lirio del campo, un bálsamo tranquilo, un ósculo de paz.

PLATÓN.

Tortosa Agosto 1916.



EL CALOR

Ya disfrutamos el calor sofocante del pleno estío con vistas a torrefactarnos la existencia, pues señores, hay días que se suda la gota gorda.

En este tiempo yo creo que lo mejor es echarse a cualquier submarino para refrescarse las tripas aunque nos amarguemos la vista con alguno que otro torpedeamiento....

¡Va, eso no es nada! me dice un ferviente de Guillermito; se asustan ustedes porque leen que el submarino tal ha torpedeado al vapor cual; pues no hay para tanto; un amigo mío—sigue el socio—que se halla en la guerra al servicio de un piloto aviador, me dice en una carta, que días pasados ante un calor sofocante hubieron de aterrizar en la veleta de la torre Eiffel, donde tranquilamente y al fresco (¡y tan frescos!) se tomaron un «mantecao» con barquillos.

Ante mi estupefacción por tanta fechoría me sigue filtrando el kaiserizado que D. Guillermo le condecoró con la cruz de hierro.... (este metal se ve que es el único que no escasea en Alemania).

¡Vaya una temperatura que debían disfrutar los arrojaos en la veleta de la torre!... ¡¡Como que hay *pa* congelar!!...

Bueno y quien dice esto, puede suceder cualquier otra cosa, pero yo creo que no debemos hervir, los que santamente no hacemos nada a nadie.

Y en consonancia con lo dicho por mí, vieron nuestras damiselas que van ¡la mar de frescas!... exteriormente a pesar de la temperatura interior que les caracteriza; por más que yo señores no me meto en interioridades....

Vea Vd. si no, esas blusitas transparentes que dejan entrever por la misma transparencia la blancura de unos brazos divinos.... ¡fijense en los escotes!... que hay para matar la tranquilidad de santa Casta, que es la santa más casta de todas las santas....

Eso es lo que se vé: lo que se verá debe ser temible. ¿Quién nos garantiza a nosotros los varones, que un día no nos tiremos a la calle con el traje de nuestro primer padre?

Porque las mujeres tienen mil pretextos entre faldas corti anchas, transparencias, escotes y media docena de etcéteras; ¿pero y nosotros que somos el género más *lastimoso*? Claro que lastimosos por nuestra culpa, pues que también tenemos derecho a las modas y podríamos inventarlas a nuestro gusto y no dejar que cualquier modisto de allende las fronteras que por lo visto no conocen la temperatura ¡elevadísima! que aquí disfrutamos los hijos de Adán, nos *endilguen* esa especie de caloríficos en forma de camisetitas extra.

Pues no porque los franceses sean menos calientes (quiero decir disfrutan una temperatura más baja ¡no confundirse!) tienen derecho a torrefactarnos a nosotros los que por arte y gracia de nuestro clima estamos en verano a la temperatura de la ebullición.

El problema debe resolverse lo más pronto posible ante la evidencia de un grave conflicto; buscaremos la fórmula pues no puede ser en modo alguno que las mujeres vayan frescas y los hombres calientes....

¡Es una desigualdad irritante..!

FERNAN FLOR.



MADRIGAL

En un muladar, un día,
Cierta vieja sevillana,
Buscando trapos y lana,
Su ordinaria granjería,
Por acaso vino a hallarse
Un pedazo de un espejo,
Y con un trapillo viejo
Lo limpió para mirarse.
Viendo en él a aquellas feas
Quijadas de desconsuelo,
Dando con él en el suelo,
Le dijo: ¡Maldito seas!



BROMAS DE CARNAVAL

Quítate el antifaz que aquí no hay gente
Arguyole el galán a la doncella
En un «baile de trajes» donde a ella
Galanteó el mancebo cortesmente.

Imposibles me pides, no consiento
En descubrir mi rostro a un caballero
Que ha tan poco conozco.... más empero
Descúbrame el doncel; pero con tiento.

Y el caballero opuesto y decidido
Descubrió el rostro oculto de la dama
Más al verlo colérico, ahora exclama:

¿Acaso has olvidado a tú marido?...
...Y la dama responde harto enfadada
¿Y tú mujer, también está olvidada?

A. ZOTES.

ILUSIÓN Y REALIDAD

Era en el campo y cuando empezaba a clarear el día, cuando el sol extendía sus hermosos rayos por el espacio, que la ví por vez primera.

Los pajaritos nos saludaron con sus píos, revolotaban por encima de nuestras cabezas saltando de rama en rama, acompañando con sus cantos los acordes de un wals que se tocaba y bailaba.

Un plantel de flores que en rededor nuestro había, abrieron todas sus hermosos capullos haciéndonos respirar una atmósfera embriagadora con su divina fragancia.

Los árboles nos dieron muestras de gratitud con el blando movimiento de sus ramas.

A lo lejos veíase deslizar mansamente la corriente de un río, que apesar de la distancia que de él nos separaba, dejábase oír el suave murmullo de sus aguas.

El panorama no podía ser más hermoso. Todo era amor, todo poesía.

Entre las lindas muchachas que allí habían, flor y nata entre las bonitas, hallábase una que creo que es un ángel, que por un descuido de San Pedro se ha escapado del cielo bajando a la tierra solamente por ser mi admiración.

Esta muchacha de suave decir y enérgico acentuar, es buena por imposición de su carácter.

Yo trataría de describir y comparar las partes que componen su hermosura, pero son tales, según yo creo y entiendo que solamente la consideración puede encarecerlas, no compararlas. En ella como en la Dulcinea del Toboso de nuestro Cervantes, se hacen efectivos y verdaderos todos los atributos de belleza imposibles y quiméricos que los poetas dan a sus damas.

Esta mujer llamada Cinteta, cuyos apellidos me está vedado decir, me ha llegado al alma; es la que me ha hecho sentir mi primer amor. Ha cambiado de mí ser hasta los cimientos. Su imagen ha quedado grabada en mi imaginación. Su memoria ha en-

contrado en mi cuerpo un sepulcro eterno. Desde aquel día la adoro.

CIDE.



Periquín en la Redacción

— Señor redactor, ¿sería usted tan amable que se dignara anunciar en LA TROMPETA una conferencia que tengo preparada?

— ¿Una conferencia?

— Sí señor, que versará sobre el deber de decir la verdad; esto es, sobre el valor de la palabras, con relación a los hombres y las cosas, como causa y origen de la corrupción social.

— ¡Zapateta! ¿Y qué dirá usted, D. Periquín?

— La verdad monda y lironda. Empezaré diciendo: «el mundo es un cochino».

— Eso ya lo sabemos.

— Si, señor, lo sabemos, pero no lo decimos claro y netamente. ¿Por qué es cochino el mundo? Por que de él forman parte Fulano, Mengano y Perengano. Pues bien, y diré: Fulano, Mengano y Perengano son unos cochinos....

El ministro tal es un imbécil; el diputado cual es un patán; este es un ladrón aquel es un tunante.

— Usted no dirá eso.

— ¡Lo diré, lo gritaré!

— Y lo recluirán a usted en un manicomio.

— No importa seguiré gritando.

— Lo enchalecarán.

— Gritaré más alto.

— Le aplicarán duchas.

— Pondré el grito en el quinto piso.

— Le pondrán una mordaza.

— Grita...., ¡digo! entonces ya no gritaré, pero haré (perdón) como la mujer del piojoso: lo diré por señas.

— Claro es lo que hacemos todos, señor don Perico. Sólo que nosotros empezamos por donde usted quiere concluir.

—¿De modo que usted opina?...
—Opino que ya no vivimos en los tiempos de beber cicuta en defensa de la verdad.

—Entonces, mi conferencia....
—No pierde con eso: diga usted la verdad.... por señas, y el mundo aplaudirá.

—¿Y el chaleco, y las duchas, y la mordaza?...

—¡Bah! eso queda para los cuerdos de verdad.

—Me ha convencido usted, señor redactor. Prepararé de nuevo mi conferencia.

—Y todavía no la dirá usted... Entendido, señor don Perico.

MINGO.



DIÁLOGO AL VUELO

En el parque

María Cinta, niña muy espiritual y muy partidaria de la abolición del bigote, envolviendo en una mirada a su novio, murmura:

—Me son profundamente repulsivos los mortales bigotudos. Y él la interroga.

—¿De manera que tú no sientes placer en presencia de este manojo de hilos de oro que embellece mi labio superior?

—¡Manojo de clavos!

—Gracias. Hoy, las niñas que se estiman gustan de los jóvenes de rostro femenino, de esos jóvenes bonitos que carecen de las asperezas propias del chivo, que al fin y al cabo es un hombre; y repudían la confortadora caricia de la barba y el pinchazo amoroso del bigote...

—¡Ay, que rico!

—¡Ah, María Cinta, irreflexiva Cinta! ¡De qué tremenda manera ha degenerado el sentimiento femenino!... ¡Cuán lejanos están los tiempos bíblicos.... En el fondo del alma de Ruth, que todos sabemos pura como un lirio, aleteó un día la dulce visión

de su hogar; se veía hilando, a su lado el bueno de Booz, su esposo, a sus pies. Obed su hijita. Y en la hora de los arreboles vespertinos, cuando las palomas volaban a los olivos y la paz caía a torrentes sobre la tierra de Moab, Ruth inclinaba su dulce cabecita entre las barbas de Booz, que eran para ella un cobertor de plumas, como un oasis donde su debilidad de mujer abrevara confianzas y consuelos....

—¡Pero qué rico!... ¿Qué más?

—Que no hay cosas más parecidas que dos cosas contrarias, y que son barba sin bigote, o son bigote y sin barba, o sin barba y sin bigote, la farándula humana sigue en venta, ora bajo la luz rubia del sol... Y que a través del tiempo y de la farsa, hombres malvados seguirán perpetuando crónicas....

Convencíome de tal modo éste diálogo, que aprovechando la huelga de barberos he decidido dejarme crecer el bigote y la barba.

RUQUI.



MJ DON

A la Srta. L. Escudero.

Niña, yo no tengo flores
Para te las ofrendar,
Las han logrado agostar
De la estación los rigores.

Tampoco los ruseñores
Me convidan a cantar,
¿Cómo, pues te festejar,
Sol refulgente entre soles?...

En tan triste situación
Turbado estoy ya lo ves.
Más... qué digo? hay otro don
Que estimarás más tal vez,
Y es... mi amante corazón,
Lo quiere...? sí...? tuyo es.

PIERROT.



Consultorio femenino

Una gentil incógnita—que gentil ha de ser toda vez que tiene la suprema coquetería de ocultar el rostro para mostrar un pedacito de alma—se ha dirigido a la redactora de esta sección en demanda de un consejo, o mejor dicho, de dos consejos que resuelvan dos pequeños conflictos femeninos.

Para ello nos honra con el amable mohín de una espiritual esquelita; pero egoistas como cualquiera en este caso, dicho se está que nos guardamos la esquelita—y el incógnito que en ella se nos pide—, y solo vamos a tomar en cuenta las dos preguntas que ella informa:

¿Hay algún medio—no visible para ojos extraños—de extirpar el vello de la cara?

¿Como se puede evitar el ponerse de color de grana cuando una menos lo desea?

Tales las preguntas, capaces por cierto de ponernos en berlina, si no fuera que, en el hecho de aconsejarse de nosotros, se nos exime de toda cortedad.

Contestamos, pues:

Procedimiento eficaz para extirpar el vello no sabemos que exista ninguno que no entrañe mayores peligros que las ventajas. Lo indicado en esos casos es la aplicación de agua oxigenada. Esta no destruye el vello, pero tiene la propiedad de descolorarlo hasta hacerlo casi invisible.

Esto, en cuanto a la primera parte de la consulta. En lo que respecta a la segunda, la verdad, la cosa tiene ya más bemoles...

Vamos por partes: Si nuestra bella incógnita se refiere en su pregunta al acto puramente orgánico de ponerse colorada, sea ello por sofocación, agitación, etc., el remedio es sencillo: el ejercicio moderado (nada de deportes), la marcha a pie, sin precipitación, la holgura en las ro-

pas y el calzado, etc., ruden contribuir de manera eficaz a corregir ese defecto, si tal puede llamarse.

Ahora, si la intención de la consulta tiene una trascendencia moral; esto es, si eso de ponerse colorada se refiere al arretrato natural del rubor, de la vergüenza tan general en la mujer, nuestra respuesta no puede limitarse a la materialidad de esas indicaciones...

Pero, ¡por Dios, señorita! nos pone usted en un aprieto. ¿Qué quiere usted que un hombre comedido y galante le recete... contra el rubor?

Siendo joven y bonita, sería necesario dejar de ser mujer para evitar los adorables sobresaltos, las candidas sorpresas, las inocentes revelaciones de la vida que pueden causar rubor en una niña.

Si es usted vieja y conocedora de la vida, deje usted que el rubor aboque por las íntimas virtudes que abroquelan su alma contra el mundo traidor.

¿Teme usted que la llamen tonta, que la afeen su timidez, porque ven en sus mejillas las rosas del pudor? Solo quien no sea digno de sentirlo será capaz de criticarlo.

Y una cosa nos admira, señorita—y esto abona en favor de usted más que el rubor mismo:—en una época en que no sería cosa del otro mundo pedir recetas para... poder ruborizarse, todavía existen seres ingenuos que *tienen vergüenza de tener vergüenza*.

¿Queda usted complacida? Así lo espera

ROSITA.

DE TODO UN POCO

Preguntado Pope por cuáles medios se había hecho tantos amigos, contestó:

—Haciendo aplicación de los

dos axiomas siguientes: *Todo es posible. Todo el mundo tiene razón.*

Madame Denis, sobrina de Voltaire, estaba aprendiendo el inglés. Aburrída de la áspera pronunciación de aquel idioma, dijo un día a su maestro:

—Vosotros escribís *bread*, y pronunciáis *bred*. ¿A qué viene tal embrollo? ¿No sería más natural decir sencillamente *pan*?

Cierto día, Voltaire fué de secreto a París, y en la barrera (portillo) le detuvieron los empleados preguntándole si en su carruaje llevaba algún artículo que adeudase derechos.

—Señores—les contestó—aquí no hay cosa de contrabando sino mi persona.

Mr. Brueys, autor del *Avocat patelin*, tenía los ojos muy malos, y siempre llevaba gafas.

—¿Cómo vá de la vista?—le preguntó un día el príncipe de Conti.

—Así, así, monseñor: mi sobrino dice que voy viendo algo más!!

El ser buen mozo, o tener buena figura, es una carta de recomendación que da la Naturaleza a sus favoritos.

Jugaban dos al dominó en un café, y uno de ellos, caballero de industria, se señaló 55 puntos en vez de 45, que eran los que correspondían. Advirtióselo el compañero, y el tuno se disculpó diciendo:

—Disimule V.; me había engañado.

—No tal—repuso el otro;— el engañado no era V.

BARBARIDADES = = TELEGRAMÁTICAS

Unas veces por comunicarse los despachos telegráficos o telegramas en idioma extraño o extranjero, y otras veces por simple descuido de los telegrafistas, es lo cierto que el telégrafo da a

menudo singularísimas versiones de las comunicaciones que se le confían. Ejemplos:

En una ocasión, despachó un compatriota nuestro un telegrama que decía: *Mándame la cuenta de Infantes* el cual al llegar a Londres se había convertido en: *Mándame cincuenta elefantes*. Estábamos entonces enfrascados en la guerra con Marruecos, y en Loddres llegaron a suponer que se necesitaban tan útiles animales para las operaciones de la guerra, y que se creía que por ser Inglaterra dueña de la India, ese artículo que se encontraba abundante en la plaza!

En los Estados Unidos, un respetable padre de familia, de regreso de Europa, rogó a un amigo que fuese a ponerle un parte a su mujer diciendo: *Mr. Smith ha vuelto; viene muy contento*. El parte llegó a manos de la señora en la siguiente forma: *Mr. Smith ha muerto; venga el testamento*.

La desconsolada familia marchó en el acto a Nueva York, donde tuvo la agradable sorpresa de encontrar al difunto Mr. Smith almorzando con muy buen apetito.

Definición de la mujer

SONETO

Es la mujer del hombre lo más bueno;
Es la mujer del hombre lo más malo;
Su vida suele ser, y su regalé;
Su muerte suele ser, y su veneno.

Es vaso de bondad y virtud lleno;
A un áspid libio su ponzoña igualo;
Por bueno al mundo su valor señalo;
Por falso al mundo su valor condeno.

Ella nos da su sangre, ella nos cria;
No ha hecho el cielo cosa más ingrata;
Es un Angel, y a veces una Harpía:

Tan pronto tiene amor, como maltrata
Es la mujer, en fin, como sangría,
Que a veces da salud, y a veces mata.

X.

AMOROSA

A la Srta. Pepita Bel

Hermosa y joven Pepita
tiple de lindos fulgores
eres tú muchachita
luz de eternos cantores.
Salud, amor y belleza
es tu lema principal
sin mirar (en general)
que tienes gran entereza,
en saber tus lindas proezas,
ya que tienes ese don
me despido entusiasmado.

TU LIRON.

AL SALIR DEL BAÑO

Muchas veces la adolescencia y la ancianidad han contemplado largamente, con miradas de ansia, esos grabados que por estas épocas suelen publicar las revistas ilustradas en los que, sobre la arena de una playa de moda, en lejanos países, se sonríen, en actitudes caprichosas, mujeres envueltas por un sutil *mallo* revelador impúdico de las más recónditas formas de la bañista «¡Ah!—suspira entonces la ancianidad y la adolescencia—he aquí el edén». Y la contemplación del grabado, la gráfica noticia de aquellas deliciosas costumbres, hace que repentinamente advierta invadida su alma de un profundo desprecio hacia la templanza española, que tan solo permite que la *Chelito* baile la *rumba* y que alguna dama busque un insecto entre los repliegues de su camisa en teatritos sórdidos y escondidos, donde se entra con cautela y el rubor del pecado.

Recientemente, en esta misma temporada, en Fuenterrabia ciertas mujeres de la compañía de bailes rusos, se bañaban sin ocultar ninguna de sus bellezas, tal y como las ninfas podían bañarse en los deliciosos tiempos pasados.

Muchos honorables forasteros comenzaron a pensar en irse al sitio donde tantas maravillas podían ser admiradas, hasta que, el alcalde de dicha población notificó a las simpáticas bailarinas que era imprescindible el uso del traje de baño.

Y para no cansar más a mis lectores doy por terminada esta crónica y hasta la siguiente.

MALACRIN.

Ampolla 15-8-1916.



NOTICIAS

Se encuentran vereneando en las hermosas playas de San Carlos de Rápita con su familia, las simpáticas y elegantes señoritas Cinta, Nieves y Rosita Pitarg.

—En Ampolla, las simpáticas señoritas Amalia de Esteve, Cinta, Raimunda y Pilar Celma, y las no menos simpáticas hermanas Valdeperez y otras que sentimos no recordar.

A todas les decimos que vuelvan pronto a donde tanto se les quiere.

El *Petit Chiquereta*, terror de los roquetenses y matón de *trompeteros*, después de tanto tiempo de subir y bajar a Roquetas a visitar a la que un día le dió un SI, ha dejado de hacerlo burlándose de tan simpática y bella señorita.

Ahora, podemos aplicarle al *petit terrorrrrr*, aquel refrán que dice:

Quien con niños se acuesta,
cagado se levanta.

Las alegres y juveniles señoritas del barrio de Ferrerías, las simpáticas Remedios, Pepita y Monserrat, pasan la vida divirtiéndose de lo lindo.

La otra noche, a la luz de la luna, estaban jugando a la orilla del Ebro, por los montones de maderas, de las cuales improvisaron una *gronchadora* y allá ellas, que arriba, que abajo; de cuando en cuando una caída que ha no ser de noche.... más vale callar.

Vaya chicas. ¡Viva la Pepa!

Son muchas las jóvenes que nos preguntan cuando les pondremos en LA TROMPETA, no se apuren, que a todas las que se lo merezcan, las pondremos.

Según la gente va diciendo entre dientes, están completamente enamorados los jóvenes Luis A. y Rosario S. pero dudamos que se realice el día tan esperado por la linda pareja por causa de la joven; no obstante desearíamos que llegara a realizarse.

El lunes por la noche y en el Kiosco-Bar del Parque, una simpática joven cuyo nombre responde a las iniciales P. J. enseñaba a su atolondrado K. D. T. que anda loco por su amor, el seno.... de la vida.

¡Como está la moral!

El último martes por la noche fué acometido el *Chato* por una mujer, de... lo cual ignoramos las causas; lo que si podemos decir, es que de las resultas de la refriega se quedó con medio bigote, en su consecuencia tuvo que afeitárselo.

Hay que ver al *Chato* sin su bigote.

Después de algunos años de relaciones, la simpática y agradable Anita C..., ha mandado a su Pepito, a.... dar un paseito por el país de la formalidad.

Nos alegramos de la determinación de Anita y le felicitamos.

La simpática y elegante Pepita la *Cachuchera*, está pasando el trance más terrible que en el amor se puede pasar, pues está locamente enamorada del bien plantado mozo Juanito, y él no hace caso de sus cariñosas miraditas.

Hombre, no seas así, que la mocita se lo vale.

Debemos advertir a la señorita Carmen A... que no haga alardes de haber despreciado a Pedro S... porque estos desprecios a veces suelen llevarlas al camino de vestir imágenes.

¡ATENCIÓN!

Apesar de la gran subida de los precios en los papeles a consecuencia de la guerra, en esta imprenta se imprimen toda clase de trabajos a los mismos precios que antes.

REDACCION, ADMINISTRACION Y VENTA DE

LA TROMPETA

TALLER DE RELOJERÍA DE
PASCUAL LOZANO.—MONCADA, 6 TORTOSA

Número suelto, 10 céntimos

Suscripción al mes, 0'40 pesetas

Fuera trimestre 1'50 peseta

3'50 pesetas al mes

2'50 pesetas al mes

2'50 pesetas al mes

2'50 pesetas al mes

¡BUENA OCASIÓN!

Lo es el guapo mocito
Pepito Drogrero de la
Plaza de Armas, pues
desea casarse como lo
manda Dios con seño-
rita de capital, joven
guapa y de buenas
formas.

Para informes diri-
girse a nuestro detec-
tive Nick Tormenta.

NO CONFUNDIRLO